

**LA CLAVE DE LA BIOÉTICA:
LA PERSONA HUMANA, SU SER Y SU SENTIDO**

Gilberto A. Gamboa Bernal¹

RESUMEN

La ciencia desde su creación ha venido perdiendo una capacidad que dio sentido inicial a su actividad: saber descubrir el ser de las cosas; tarea más importante cuando del ser del hombre se trataba. Para devolver a la ciencia su natural vocación de descubrir la verdad, la Antropología Filosófica propone respuestas a dos preguntas claves: ¿quién es el hombre?, y ¿qué es el hombre? La primera respuesta hace referencia a su acto de ser, la segunda a su esencia. Dentro de esa primera respuesta se pueden describir unas perfecciones del ser llamadas radicales personales; dentro de la segunda, se pueden describir los niveles del tener. Una aproximación sistémica a la realidad del ser personal denota su unidad característica, que conduce a la autorrealización siempre y cuando la acción humana sea libre. La autorrealización implica un tipo especial de excelencia que no se agota en la inteligencia sino que apunta a la trascendencia.

PALABRAS CLAVE: Persona humana, ciencia, verdad, antropología, ética, naturaleza, existencia, aprendizaje.

ABSTRACT

From the moment it was created, science has been losing the capacity that gave the initial meaning to its activity, such as knowing how to discover the essence of things. This is particularly important when it involves human beings. To return science to discovering the truth, which it is a natural vocation. Philosophical anthropology proposes to answer to two key questions: Who is man? and what is man? The answer to the first question, refers to the act of being and the second to essence of the man. In the first answer, one can describe several perfections of being known as personal radicals; in the second, it is possible to describe levels of having. A systematic approach to the reality of personal being denotes a characteristic unity that can lead to self-fulfillment, provided that human action is voluntary. Self-fulfillment implies a special brand of excellence that does not end with intelligence but aims for consequence.

¹ Docente Investigador de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Sabana, Chía, Colombia.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

KEY WORDS: Human Person, science, truth, anthropology, ethics, essence, existence, self-fulfillment

EL PEDERNAL

“El pedernal, un día, al sentirse golpeado por el palo, se maravilló sobremanera y sorprendido e indignado, le dijo con tono severo:

-Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Qué arrogancia te incita a maltratarme? Tú me has tomado por otro, porque yo no te conozco. ¡Así que déjame en paz, porque yo nunca he hecho daño a nadie!

El palo lo miró y contestó sonriendo:

-Si tienes un poco de paciencia, verás que fruto maravilloso haré brotar de ti.

Con estas palabras la piedra se calmó y con mucha paciencia soportó el martirio que el palo le infligía con sus percusiones. Hasta que, de improviso, partió del pedernal el fuego maravilloso que, con sus virtudes, obraba extraordinarios prodigios”.

Leonardo Da Vinci,
Cuaderno de Notas [1].

Aunque Da Vinci haya querido plasmar en esta fábula la importancia que tienen padres, maestros y tutores en la noble tarea de llevar luz a la inteligencia y forjar hábitos para

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

formar la voluntad, otras varias aplicaciones se le pueden extraer a esta pequeña joya de uno de los grandes genios de la historia de la humanidad.

La pregunta por el ser de las cosas es determinante, pues mientras no se vislumbre su respuesta tales cosas serán solo parcialmente conocidas y con frecuencia mal utilizadas. Y es que en la dimensión ontológica está cifrada la esencia y la existencia.

Pero muchas veces, en los avances de la ciencia y la tecnología –y de una manera más patente en la biotecnología- brillan por su ausencia elementos derivados de captar el ser de las cosas. Y esta limitación, culpable o no, se refleja antes o después en los efectos que una y otra ejercen sobre sus objetos de estudio; esta circunstancia se hace más lesiva si del hombre se trata. Cuando ni la ciencia ni la biotecnología *saben* dar razón del ser del hombre, tal ciencia y tal biotecnología corren el cercano riesgo de lesionarlo o al menos de tratarlo como no merece, de cosificarlo. Aunque Heidegger haya criticado sin contemplaciones la relación sujeto – objeto como concepción de hombre – mundo [2], en el momento actual son las cosas las que prevalecen sobre los sujetos, desnaturalizándolos.

Aquella ciencia a la que le dio forma Newton luego de la labor de Descartes, quien interactuó con científicos contemporáneos suyos, nació impregnada de aquellos postulados cartesianos que sirvieron para amalgamar los primeros desarrollos del pensamiento moderno [3], siguiendo dos brazos que ya se encontrarán: el racionalismo y el empirismo.

Por eso es necesario devolver a la ciencia –si alguna vez lo tuvo- el norte de preguntarse por el ser del hombre, también de las cosas, para lograr que en este siglo XXI que apenas nace, ella sirva al hombre, en lugar de servirse de él. Es necesario propiciar un encuentro entre la ciencia y la tecnología con la Ética, para que así sea más fácil orientarse y acertar, haciéndole justicia al hombre y a su mundo. Esta tarea la viene cumpliendo la Bioética que desde su segundo y definitivo nacimiento² busca esa articulación entre la ciencia y las humanidades [4].

² Está documentada la utilización del término en el editorial de la Revista Kosmos de 1927: allí aparece un escrito de Fritz Jahr titulado “Bio-Ética. Una perspectiva sobre la relación ética del Hombre con los Animales y Plantas”. Cfr. Jahr, F. Bio-Ethik. Eine Umschau über die ethischen

El ser personal del hombre.

Es aquí, en el ser personal y en el plano de sus manifestaciones, donde se conjugan las instancias antropológicas y éticas, que dan razón del necesario vínculo que ha existido entre estas dos ciencias: la Antropología y la Ética.

El estudio del actuar humano, de los actos humanos, ha de hacerse teniendo en cuenta siempre la autenticidad de aquel ser que les da origen: el hombre. Es claro que sólo en la medida en que se comprenda, hasta donde la razón humana puede llegar –y puede llegar a unas profundidades insospechadas–, quién es el hombre, sólo en esa medida podrá comprenderse, valorarse y también calificarse, el actuar humano.

Por esta razón tanto la Ética como la Bioética, para sus desarrollos teóricos y prácticos, necesitan de los datos y conocimientos aportados por la Antropología Filosófica para no errar en su ejercicio.

¿Quién es el hombre?³

Cuestionarse por el ser personal del hombre equivale a preguntar por aquello que en el hombre es más específico. Eso más específico en el hombre parecería que deriva de su esencia, es decir, de aquellos elementos que lo hacen ser lo que es. Pero el ser personal no se agota en la esencia.

Esta afirmación es clara en el pensamiento de Polo: "Ningún hombre agota la especie, la esencia del hombre –si la agotara no habría más que una sola persona humana–,

Beziehung des Menschen zu Tier und Pflanze. Kosmos. Handweiser für Naturfreunde, 1927; 24(1): 2-4 <http://www.paho.org/Spanish/BIO/boletin45.pdf>

³ Esta pregunta va dirigida a indagar por el mismo ser del hombre; es decir, es una pregunta sobre el plano ontológico.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

pero a la vez ninguna persona está por completo al servicio de la especie, porque no es inferior a ella” [5]. Es decir, en la persona hay unas perfecciones puras o rasgos nucleares que son superiores a su esencia; Sellés los llama “radicales” [6], Yepes Stork las llama “notas” [7]. Estas perfecciones o rasgos nucleares tienen como característica que no pertenecen al plano del tener sino del ser; es decir, no dependen de la esencia, sino que son aspectos del acto de ser⁴.

Estos radicales personales son los mismos trascendentales personales⁵. Antes de pasar adelante, es necesario tener en cuenta que, desde Kant, casi todos los filósofos modernos no toman los trascendentales como una realidad, sino como una manifestación subjetiva de la primacía del pensar sobre lo sensible y los enfocan de manera incorrecta [8].

Los radicales de la persona son: la libertad, el don, la co-existencia, el carácter de Además, el conocer, el amor, la intimidad, la novedad, y la irreductibilidad.

A continuación se describen muy sucintamente cada uno de estos trascendentales personales.

La libertad.

Suele caracterizarse la libertad como un acto de la voluntad, pero ella es, antes que nada, un radical personal: la persona no tiene libertad, sencillamente es libre. Pero además la libertad como radical de la persona no es solo libertad negativa, libertad “de”; es también libertad positiva, libertad “para” siguiendo la distinción hecha por Berlin [9], a la que Llano agrega la libertad “de sí mismo”, que es capacidad de vaciamiento de sí mismo y que caracteriza como dejarse amar [10].

⁴ Estas perfecciones o radicales no están exclusivamente presentes en la persona humana, sino que son características de todos los seres personales.

⁵ Los trascendentales pueden ser metafísicos (unidad, bien, belleza, verdad) o personales; éstos últimos son perfecciones puras que además de trascender el ámbito de lo físico, no se confunden con los trascendentales metafísicos.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

Esta perfección que caracteriza a la persona le permite una apertura que le lleva a relacionarse no sólo con él mismo, ni con los demás hombres, ni sólo con el medio que la rodea, sino también a relacionarse con las personas superiores al hombre⁶. Como consecuencia de esto la persona necesita dialogar, de ahí la importancia de la intersubjetividad [11]. Al ser libre la persona se posee a sí misma, es dueña de sus actos y, gracias a ello, también es dueña del desarrollo de su vida y de su destino: puede elegir ambos. Hay que resaltar que la libertad no se agota en la capacidad de elegir medios, tal planteamiento solo empobrece la libertad y a la persona que es su titular; la libertad –como bien han mostrado Wojtyla - también es autodeterminación [12] o autotrascendencia [13], principalmente cuando se manifiesta a través de la capacidad de donar [14] y sobre todo de donarse él mismo.

El don.

La apertura que la persona es, le permite darse: la persona es don, se da ella misma, en ofrecimiento libre. Las demás realidades cuando dan, pierden lo que dan; en la persona sucede lo contrario: cuanto más da, más se llena, es más. Polo lo resume diciendo: “El hombre es un ser personal porque es capaz de dar. Desde la persona dar significa aportar” [15]. Aquello que es un don no tiene precio: la persona humana es invaluable, por eso cada vida -desde su inicio con la concepción hasta su término natural- es un regalo [16] y ha de ser percibida y tratada como tal [17]; un regalo destinado a aportar, a añadir algo al mundo, así ese “algo” sea aparentemente irrelevante, incluso escondido o remoto.

La co-existencia.

La persona existe, pero es más que eso: además de existencia, es coexistencia. El hombre “no es un ser-en-el mundo, como dice Heidegger, sino que coexiste en el mundo. Y menos aún, claro está, es un ser intracósmico. La persona trasciende el universo. Pero que

⁶ Se está hablando de las personas que trascienden al hombre: las angélicas y divinas. Además de los manuales de Teología dogmática, el carácter personal de Dios (son tres Personas, es una Familia) y de los Ángeles se muestra de manera plástica en varios pasajes de la Divina Comedia de Dante Alighieri.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

lo trascienda no quiere decir que sea el fundamento del universo. Desde luego no lo es. Quiere decir que lo trasciende añadiendo al universo el “con”; añadiendo a la existencia la coexistencia” [18]. Esta es una primera forma de coexistencia: la persona es ser-con el ser del universo, lo que facilita su apertura a él; pero además la persona coexiste con los demás: hay una coexistencia personal, entre personas. Ese carácter de co-existencia lleva a la persona humana a utilizar bien el mundo, la naturaleza, a saberse administrador de lo creado y responsable de ello, también para dejar una heredad, no ya deteriorada sino mejorada, a las generaciones futuras.

El carácter de “además”.

Una consecuencia de que la persona sea coexistencia es su carácter de “además”. Polo, al estudiar la existencia extramental, se refiere a este término: “La coexistencia humana se conoce alcanzándola. La coexistencia humana no se advierte ni se halla, sino que se alcanza. Alcanzar es llegar a lo que llamo además. Alcanzar es alcanzar el carácter de además” [19]. Y distingue dos sentidos de este adverbio: “Además es el sobrar cara a la operación: el puro no agotarse al conocer operativamente” [20]; es decir, el ser humano no se agota al pensar, ni al querer, etc., puesto que el ser no es el operar. Por otro lado, “además es una designación del acto de ser” [21]. El carácter de “además” le permite a la persona humana traspasar sus operaciones, sin decaer ella misma: cuando piensa, hace algo propio suyo; pero cuando ama también se perfecciona a sí misma, mediante ese excedente de la operación que le lleva a alcanzar lo que esté llamado a ser.

El conocer.

Aunque la persona pueda conocer la verdad, no es esa su verdad. Lo que la persona pueda conocer con su razón, no es su verdad, ni menos lo es su razón propia como facultad o potencia espiritual. La verdad de lo que la persona es, es el ser cognoscente: la verdad humana es la misma persona que conoce, es algo del ver, del comprender [22]. Por eso la persona humana puede conocer la realidad en cuanto ser y en su contenido esencial; así se entiende que las operaciones básicas del conocer sean: la abstracción, captar lo que es

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

el objeto; el juicio, enunciar que es lo que es; y el razonamiento, donde se demuestra por qué es [23].

El amor.

Cuando se aplica a la persona el trascendental metafísico bien, nos encontramos con que la persona es amante; el amor humano es la persona amante, no sólo su facultad de querer, su voluntad o su corazón [24]. El amor es don de sí; amar es salir de sí, darse, entregarse. El ser de la persona es crecimiento incesante de amor, en el amor y para el amor. Este crecimiento se da en los niveles de amor de los que es capaz la persona humana, desde el amor de cosa (amor concupiscible) hasta el amor propiamente humano, de amistad o benevolencia.

En el amor concupiscible el hombre se busca a sí mismo en la satisfacción de la tendencia, y por eso es egoísta, es transeúnte, tiene corta duración, no es permanente. En el amor de amistad se busca el bien del otro [25], por lo que es él mismo, predomina el interés por el bien del amigo, predomina la donación.

La intimidad.

La intimidad implica un “dentro” que solo conoce la persona misma, esto lleva a tener interioridad, un mundo interior abierto para sí y oculto para los demás. La intimidad es el grado mayor de inmanencia que permite un crecer, un crear. La persona es intimidad porque para ser no necesita de elementos exteriores ni necesita poseerlos para mantenerse; la intimidad es apertura hacia dentro. Polo [26] define intimidad como un modo de ser, la intimidad no se tiene, la persona es intimidad. “La persona es la intimidad de un quien. Y esto es más de lo que se llama un yo. Por decirlo así, el yo es la primera persona, pero no lo primero en la persona, sino más bien la puerta de su intimidad” [27].

La novedad.

La persona es siempre novedad [28] puesto que su ser es único e irrepetible, Cada persona es insustituible, nadie es recambio de nadie. El mundo es una continua sorpresa porque hay personas, por la novedad que es cada persona. La persona es novedad, la única novedad que aparece en la historia [29]. Este carácter se hace evidente cuando se observan las acciones humanas que, desde la creatividad⁷ hasta la aparente mimesis, reflejan unas perfecciones intrínsecas que se despliegan de manera pluriforme y sobreabundante.

La irreductibilidad.

La persona es novedad y novedad irreductible, sencilla en sí misma. La irreductibilidad de la persona es la subsistencia de su ser. Polo lo expone de la siguiente manera: “Persona significa realidad irreductible a cualquier otra: yo no soy intercambiable, no soy un número, un caso. De lo contrario no sería yo” [30]. Y sin embargo, “la irreductibilidad de la persona no es aislante: no es separación” [31]. Pero en la persona humana esa subsistencia es derivada, es participada, no autosuficiente.

¿Qué es el hombre?⁸

Con los radicales de la persona nos aproximamos a lo que la persona es; ahora se va a intentar una aproximación a través de aquello que la persona humana tiene, pues es patente que la persona es un ser capaz de tener. El tener ha venido siendo considerado de una manera peyorativa e incluso opuesta al ser. Sin embargo, no es posible hablar de la persona humana sin referirse al tener. Lo importante es hacer bien la distinción entre ser y tener (entre acto de ser y esencia), que no implica oposición, como si la persona pudiera ser

⁷ Es necesario no perder de vista que se hace referencia a una creatividad “participada” pues el hombre de la nada, nada saca.

⁸ Esta pregunta hace referencia al plano esencial de la persona, se plantea con ella su naturaleza, su esencia.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

sin tener o al revés. El tener, la capacidad de poseer, es una característica estrictamente peculiar de la naturaleza humana.

Diversas dimensiones de la persona revelan la capacidad de tener: la persona tiene razón, pero no sólo es animal racional; además tiene otras facultades: voluntad, sentimientos, pasiones, apetitos y tendencias, etc.

Todas estas dimensiones son operativas en la persona, es decir la aprestan para la acción, son esenciales de ella. Pero la persona tiene la capacidad de poseer dentro de sí sus acciones y operaciones, porque es inmanente, y también las puede manifestar.

La persona manifiesta el tener a través del cuerpo y de la inteligencia, pero además, con una manera más permanente y estable, con los hábitos. Es decir, en la persona se encuentran tres niveles del tener. Hay necesidad de comprender el tener según su triple modalidad (hay que advertir también que las formas de tener se apoyan unas en las otras): tener con el cuerpo; tener con la inteligencia, y tener en forma de hábito.

El tener corpóreo es el primer nivel del tener. El hombre es capaz de poseer con su cuerpo en el sentido de adscribirse algo o en el sentido de una producción. No sobra comentar que esta realidad muestra algo que es muy importante en Ética: para que el cuerpo humano pueda poseer cosas externas es necesario que no esté terminado, es necesario que el cuerpo humano sea potencial.

El poseer con el cuerpo hace referencia a esa capacidad de la persona que le permite la técnica: el hombre puede tener instrumentos; pero no sólo esto, también puede fabricarlos. Los instrumentos son usados por el hombre para satisfacer sus necesidades: cazar, hacer fuego, cocinar, desplazarse de un lado a otro, cultivar la tierra, etc.

Cualquiera de esos instrumentos que el hombre puede tener se caracteriza, al menos por tres cosas: referencia a la función para la que ha sido inventado (su ser está en

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

relación con lo que debe hacer); referencia a un poseedor (todo instrumento pide una adscripción); y referencia a la medida del hombre (las cosas tienen que tener una medida humana, para que puedan ser tenidas por el hombre).

Este primer nivel del tener hace pensar seriamente en la humanización de la técnica: es la técnica la que debe adecuarse al hombre, y no al revés; es la técnica la que ha de estar al servicio del hombre y no al revés.

El segundo nivel del tener es el tener cognoscitivo, el tener con la inteligencia. Gracias a la razón, que el hombre tiene, la persona puede conocer y porque conoce puede fabricar instrumentos (relación con el primer nivel). La persona tiene un conocimiento teórico, que da origen a la ciencia; y tiene un conocimiento práctico, que da origen a la acción humana. En resumen, la persona puede conocer de dos maneras distintas aunque íntimamente relacionadas.

Este segundo nivel del tener es sumamente importante puesto que por él la persona es capaz de llegar a la verdad, tanto teórica como práctica. Sin embargo, el desarrollo de la filosofía ha encontrado no pocos escollos al tratar este tema.

Desde el siglo XVII, con el descubrimiento y aplicación del modelo físico matemático científico, se dio un gran vuelco que llevó a caracterizar a toda la Edad Moderna europea por el culto a la razón [32]. Esta confianza irrestricta en la razón permitió grandes y rápidos avances en las ciencias experimentales y, desde el siglo XIX, en las ciencias sociales o humanas.

Yepes Stork dejando de lado las características internas de aquella ciencia recién desarrollada, ofrece “tres rasgos de la mentalidad que acompañó a ese desarrollo: 1) la convicción de que en la ciencia se daba un progreso lineal y ascendente, garantizado por métodos racionales, lo cual nos remite al método científico; 2) la convicción de que la ciencia era un modo de conocimiento privilegiado sobre todos los demás, lo cual nos remite al lugar de la ciencia en el conocimiento humano; 3) la convicción de que aplicando la

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

ciencia era posible conseguir un progreso lineal e indefinido en el mundo humano, lo cual nos remite a los límites de ese progreso. Estas tres convicciones han sido hoy en buena parte superadas y sustituidas por otras (...)” [33].

Pero desde finales del siglo XIX, hasta nuestros días, aquella nueva ciencia ha venido perdiendo (si es que alguna vez lo tuvo) su norte, lo que ha originado no sólo incertidumbre sino también sospecha y decepción, desconfianza y pesimismo [34]. De esta problemática la Bioética tiene algo que decir.

El tercer nivel del tener es el hábito. El hábito es una inclinación o tendencia que no es natural sino adquirida, que manifiesta la versatilidad del comportamiento personal y es el modo más importante de tener.

Un hábito es una disposición estable que inclina a actuar, haciendo ese accionar más fácil. Se adquiere el hábito sólo con la repetición de actos; así se consolida la conducta, repitiendo los mismos actos [35]. Los hábitos perfeccionan la persona ya que quedan en ella de modo estable. La persona al actuar cambia: se hace mejor o peor; puesto que la acción humana es el medio por el cual la persona se realiza en cuanto tal.

En general se puede hablar de tres tipos de hábitos: los técnicos, los intelectuales y los hábitos del carácter.

Hábitos técnicos: son las destrezas en el manejo o en la producción de instrumentos: el arte de hacer casas, la técnica de conducir automóviles, etc.

Hábitos intelectuales: los hábitos del pensamiento se adquieren después de realizar las operaciones inherentes al pensar (abstracción, juicio, razonamiento); los más importantes son la ciencia y la sabiduría, que consisten en determinados saberes teóricos o prácticos: saber derivar o dividir, saber un idioma, etc.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

Hábitos del carácter. Son aquellos que inclinan a comportarse de una determinada manera, por eso se refieren a la acción o a la conducta; parte de estos hábitos contribuyen al dominio de las tendencias y de los sentimientos. Si estos hábitos son positivos se llaman virtudes, si son negativos se llaman vicios [36].

Excelencia y trascendencia.

Una de las ideas en la que se ha insistido en estas páginas es que a pesar de describir el ser y la esencia de la persona de una manera desarticulada, en la realidad el ser personal es totalmente sistémico, todo se implica mutuamente con todo, todo está conectado a todo y realizarse como persona implica vivir una vida articulada, total, coherente [37].

La articulación entre la voluntad, el intelecto y la conciencia vital se encuentra con claridad en la razón práctica: la unidad de todas las instancias operativas del hombre se alcanza en ella, o lo que es lo mismo, en la decisión y la acción y en el saber implicado en éstas.

De la armonía de las dimensiones del psiquismo depende la autorealización, o lo que Spaeman [38] llama “vida lograda”, es decir, para que el hombre alcance el fin que le corresponde según lo que es, es necesario lograr dicha armonía. Y para ello es indispensable la acción humana.

La unidad real del ser humano –de la persona humana- en sí y con la realidad que lo circunda se logra (se gana) o se malogra (se pierde) en su acción libre. En otras palabras, la autorealización o la vida lograda –en una palabra la excelencia personal- depende directamente del obrar libre de la persona, en la medida que esas acciones estén orientadas al fin común⁹ que le corresponde.

⁹ Aquí “común” no significa primordialmente lo que es común a varios hombres, sino aquello que integra todos los fines de una persona.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

La excelencia está, por tanto, en el plano de la esencia, y si en ésta, -en el tercer nivel del tener- lo que destacan son los hábitos, bien se puede afirmar que la excelencia de la persona depende de sus hábitos, principalmente de sus hábitos del carácter cuando éstos son positivos, es decir, de sus virtudes.

Pero también hay que decir que no todos los hábitos perfeccionan a la persona. Aristóteles sostenía que los hábitos intelectuales no hacen bueno al hombre en cuanto hombre, mientras que los hábitos de la voluntad y del carácter (las virtudes morales) sí lo perfeccionan como hombre [39].

Lo anterior merece una breve explicación. Es patente que con opinar, por ejemplo, la persona no sufre ningún cambio, cosa distinta sucede cuando elige. Cuando la persona elige hay compromiso personal con esa elección, en cada decisión está comprometida la persona misma. Con más precisión lo expresan Arregui y Choza [40]: “La elección media entre el sujeto y el intelecto, a través de ella se trenzan en la acción lo que el sujeto es y lo que sabe, y en esa elección, el sujeto se configura a sí mismo. La unidad real del ser humano se gana o se pierde en la decisión”.

La razón teórica, el saber especulativo, no perfecciona al hombre en cuanto tal, ni compromete su subjetividad. En cambio la razón práctica y la decisión (la voluntad) comprometen radicalmente a la persona y son la primera y principal herramienta en la tarea de alcanzar la excelencia.

Pero el fin último de la persona no puede estar en el plano de las manifestaciones, de la esencia. Sin duda la excelencia es un fin deseable y acorde con la naturaleza humana; además de deseable también es un fin posible, gracias a la acción libre del hombre. Pero el hombre puede ir más allá, pues es más que su esencia, no se reduce a su naturaleza: el ser del hombre pide más que solo excelencia, y ese más es la trascendencia.

El conocimiento es una operación que no es posible reducir a la materia, es decir que con la actividad de conocer la persona manifiesta que dentro de su ser hay algo que

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

trasciende a la materia, que es transmaterial para que pueda realizar y conocer acciones y realidades transmateriales.

Esto no quiere decir que se quiera incluir dentro de la Antropología un tema metafísico. Clásicamente se ha asumido que todo aquello que tiene que ver con lo trascendental, con la trascendencia, ha de ser estudiado desde la Metafísica, cuando no desde la Teología. Pero hay un sentido de lo trascendental que no es metafísico sino propiamente antropológico. Y esto porque el ser del hombre aportado por la metafísica es una aproximación sólo analógica, ya que el ser del que trata la metafísica es el ser del universo. No quiere decir esto que tal tratamiento metafísico no sea verdadero, simplemente se plantea que es solo parcial, no es erróneo pero sí es insuficiente.

El ser del hombre no es el ser del universo; por eso Polo [41] habla de una antropología trascendental y muestra que la filosofía no se ha adentrado lo suficiente en este terreno. La filosofía moderna lo ha intentado, pues es una filosofía del sujeto, pero no lo ha logrado por los muchos errores que ha cometido. El autor citado se propone reorientar la filosofía moderna en este campo, desarrollando lo que él llama una “ampliación de lo trascendental” [42].

El anterior planteamiento es muy sugestivo porque un muy buen camino para dialogar y corregir la filosofía moderna es hacerlo en y desde sus mismos términos y no desde la filosofía clásica. Puesto que la filosofía moderna no es metafísica, desde ésta instancia la posibilidad de diálogo productivo es muy limitada. El autor lo explica de la siguiente manera: “La filosofía moderna es un gran intento de conseguir una antropología trascendental; pero es un intento fracasado. Que sea un intento fracasado no significa que la empresa como tal sea desatinada, sino que ha sido mal emprendida. Así pues, con una antropología trascendente se consiguen dos cosas. Por un lado, una ampliación del planteamiento trascendental, que es justificada. Por otro, combatir la filosofía moderna en su propio terreno, y no desde la metafísica” [43].

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

Siguiendo esta línea de pensamiento, Sellés [44] hace los siguientes razonamientos¹⁰.

“¿Cómo saber, pues, quien es la persona humana? Nosotros podemos conocer todo aquello que está en nuestras manos, todo lo externo perteneciente a la naturaleza del Universo, y todo aquello que forma parte de nuestra *esencia* o de sus manifestaciones, a saber, *actos, hábitos y virtudes*, las ideas, los querer, etc. Somos nosotros mismos, cada quien, el que conoce esto porque es suyo. Pero el quien del que conoce no aparece ante la mirada del que conoce al conocer esas realidades.

El núcleo personal es incognoscible por la persona humana de modo directo, porque la *intencionalidad* cognoscitiva versa siempre, en todo nivel, sobre lo inferior, no sobre sí ni sobre lo superior. De modo que sólo un cognoscente superior en relación conmigo, Dios, puede revelar al hombre quien es el mismo hombre. Uno puede dotar de sentido a aquello que uno hace, piensa o quiere, pero el sentido de la persona que hace, piensa o quiere, no está en su mano. Su vida personal, quien sea uno, su *vocación personal*, están exclusivamente en manos de Aquel de quien la persona es dependiente, de Dios¹¹.

Sólo Dios revela –naturalmente– al hombre quien es el mismo hombre¹². Por eso cuando se pierde el sentido de Dios, se pierde con él el sentido del hombre, y a esta pérdida va unida el olvido del sentido del resto de la realidad. Tal sentido es posible a todo hombre porque existe un diálogo natural entre Dios y el hombre. Dios siempre es más íntimo a mí mismo que yo mismo, decía san Agustín¹³, no sólo en la elevación sobrenatural. Se trata del

¹⁰ Tener en cuenta que también las notas a pie de página (de la 7 a la 13) son del autor citado.

¹¹ La existencia de cada persona muestra la existencia de Dios: somos las personas que Dios ha pensado que sean. Eso es una predilección divina: hace que yo sea y funda una orientación global. O se vive desde esa orientación global o no hay manera de vivir. La única manera de finalizar mi vida es referirla a Dios. El yo no es suficiente. Cfr. Polo, L., Cuestiones de filosofía educativa, Universidad de Piura, 1995, n. 6.

¹² Sobrenaturalmente, es decir, acudiendo a la fe católica, la proposición también es verdadera. La ratificación por parte del Magisterio de la Iglesia dice así: "Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación", Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, No 22.

¹³ "Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos", *Confesiones*, 1. III, cap. 6, 11. Y en otro lugar: "Mas Dios es para ti hasta la voida de tu vida", *Confesiones Ibidem.*, 1. X, cap. 10, Trad. de

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

intra esse. Aunque el hombre reniegue del Dios personal, Dios no interrumpe la comunicación personal con él, pues interrumpirla significaría que esa persona humana dejaría de serlo.

Sí, la persona humana es *apertura*, es *dialógica*. No se agota abriéndose a lo inferior a ella, ni a sí misma o a los demás humanos. Es capaz de más. Esa vida personal capaz de más sólo se conoce en su apertura a Dios. De lo contrario, si se obtura su radical apertura desconoce lo nuclear de su persona. En efecto, viviendo como si Dios no existiera, –nos recuerda Juan Pablo II– el hombre pierde no sólo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser¹⁴.

El *diálogo* o *relación* con Dios no es externo, con palabras o con diversas acciones, sino lo que constituye al mismo *ser* del hombre. No se trata de que el hombre *tenga, posea*, relación con Dios. Eso, a pesar de ser verdad, es secundario. Se trata, más bien, de que el hombre *es relación* estrecha con Dios. Una persona no es un *individuo*¹⁵ aislado, no es individual o particular, ni nada que se parezca a la realidad física. Una persona aislada no sólo es absurda, sino imposible, porque es apertura en dependencia, relación constitutiva. La dignidad humana estriba en el vínculo permanente con su Creador. Como ese vínculo es manifestación constante del ser divino y constituye al ser humano, se puede decir con verdad que en el hombre se refleja Dios mismo.

De modo que para conocernos a nosotros mismos hemos de conocer a Dios en nosotros mismos, y para conocernos a nosotros debemos conocer en Él quien somos y cuál es el sentido y destino de nuestra vida. Sí, Dios habita en el corazón humano, por eso el

Custodio Vega, A., Madrid, B.A.C., 1958, "¿Dónde te hallé, pues, para conocerte, sino en ti sobre mí?... Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera... Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo", *Ibidem*, cap. XXVI y XXVII.

¹⁴ Cfr. Juan Pablo II. *Evangelium vitae*, ed. cit. p. 41.

¹⁵ Una persona no es un individuo, sino todo lo contrario, porque *individuo* significa ser cerrado en sí mismo. Decir de la persona que es un individuo es tanto como decirle que es una *sustancia*. En el fondo, un insulto. Es preferible que le llamen planta o animal, porque éstos tienen vida y, por tanto, apertura y relación, mientras que la sustancia carece de esas perfecciones. "El término 'persona' se ha escogido para subrayar que el hombre no se deja encerrar en la noción de 'individuo de la especie', que hay en él algo más, una plenitud y una perfección, que no se puede expresar más que empleando la palabra persona". Wojtyła, K. Amor y Responsabilidad. Madrid, Razón y Fe, 1969, p. 14

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

hombre, también en estado de naturaleza, está endiosado y el resplandor de Dios ilumina el rostro del hombre.

El sentido de la *vida natural*, vinculada indisolublemente a la *persona* humana refleja el mismo sentido, pues la vida del hombre proviene de Dios. Por eso la vida humana es sagrada desde su concepción, pues comporta la acción creadora de Dios con el que guarda siempre una especial relación, y por ello Dios es su único fin. Relación en el plano del *ser*, y también en el *cognoscitivo*, si es que el conocimiento es la forma más alta de vida¹⁶, es decir, de *ser*, porque vivir para los vivientes es *ser*.

Ahora bien, el hombre puede decir que no a esa apertura natural a Dios, a esa relación (ignorarla es otra manera de decir que no). Y entonces, al negar a Dios y vivir como si no existiera se acaba fácilmente por negar el sentido de la persona humana y de su vida. Sin la apertura a Dios el hombre se vuelve absurdo para sí, carece de sentido su vida y la de los demás, porque sólo Dios manifiesta el sentido de ambas. Tras el rechazo de su relación constitutiva con Dios, el hombre se cree dueño de sí, arrogándose el derecho de decidir sobre su propia vida y la de los demás. Sin embargo, la vida personal no está llamada a modificar o aniquilar la vida natural, sino a *perfeccionarla*. Cuando comete tal intromisión el perjuicio es inmanente en su propia esencia.”

Bogotá, D.C., 13-IX-08

REFERENCIAS

1 Da Vinci, L. Cuaderno de Notas. Ed. Planeta. Barcelona, 2004, pág. 27

2 Cortés, A. El hombre-en-el-mundo y lo gestell heideggeriano en las redes de las nuevas tecnologías. Rev. Escritos. 2007; 15 (34): 101

¹⁶ Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, l. X, c. VII.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

- 3 Carvajal, J. El desarrollo del pensamiento moderno: la filosofía de la naturaleza de Descartes. Ed. UPB. Medellín, 2007, pág. 258
- 4 Potter, V.R. "The science of survival". Rev. *Perspectives in Biology and Medicine*. 1970; 14(1): 127-153
- 5 Polo, L. Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos. Ed. Unión. Madrid, 1996, pág. 71
- 6 Sellés, JF. La Persona Humana. Parte III, Núcleo Personal y manifestaciones. Ed. Universidad de La Sabana. Bogotá, 1998, pág. 17 y ss.
- 7 Yepes Stork, R. Fundamentos de Antropología. Ed. Eunsa. Madrid, 2001, pág. 76 y ss.
- 8 Polo, L. *Libertas Transcendentalis*. Rev. Anuario Filosófico. 1993; (26): 707
- 9 Berlin, I. Two Concepts of Liberty. En Four essays on Liberty. Oxford University Press 1969 [fecha de acceso: 10-IX-08]; URL disponible en: <http://www.nyu.edu/projects/nissenbaum/papers/twoconcepts.pdf>
- 10 Llano, A. El Futuro de la Libertad. Ed. Eunsa. Pamplona, 1985, pág. 81
- 11 Taylor, Ch. Ética de la autenticidad. Ed. Paidós. Barcelona, 1994, pág. 68 y ss
- 12 Wojtyla, K. Mi visión del hombre. Ed. Palabra. Madrid, 1997, pág. 144
- 13 Polo, L. La Persona Humana y su crecimiento. Ed. Eunsa. Pamplona, 1996, pág. 52
- 14 Polo, L. Sobre la existencia cristiana. Ed. Eunsa. Pamplona, 1996, pág. 130
- 15 Polo, L. Estudios sobre la Laborem Exercens. Ed. BAC. Madrid, 1987, pág. 226

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

16 Juan Pablo II. Enc. Evangelium vitae. Ed. Vaticana. 1995, n. 22

17 Godry, I. Los Fundamentos del Respeto a la Vida Humana. En Dejadlos vivir. Ed. Rialp. Madrid, 1980, pág. 72

18 Polo, L. Presente y futuro del hombre. Ed. Rialp. Madrid, 1993, pág. 174

19 *Ibíd.*, pág. 183

20 *Ibíd.*, pág. 184

21 *Ibíd.*, pág. 199

22 Benedicto XVI. Discurso preparado para el Encuentro en la Universidad de Roma La Sapienza del 17-I-08 [fecha de acceso: 12-IX-08]; URL disponible en: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2008/january/documents/hf_ben-xvi_spe_20080117_la-sapienza_sp.html

23 Sellés, J.F. Curso breve de Teoría del Conocimiento. Ed. Universidad de La Sabana. Bogotá, 1997, pág. 109

24 Von Hildebrand, D. El corazón. Ed. Palabra. Madrid, 1996, pág. 58

25 Aristóteles, Rethorica. Traducción y notas de Quintín Racionero. Ed. Gredos. Madrid, 1990. 1381a 19.

26 Polo, L. La persona humana y su crecimiento. Ed. Eunsa. Pamplona, 1996, pág. 156

27 *Ibíd.*, pág. 155

28 Melendo, T. Las dimensiones de la persona. Ed. Palabra. Madrid, 1999, pág. 113 y ss.

29 Del Barco, J.L. La Bioética de la Persona. Ed. Universidad de La Sabana. 1998, pág. 103 y ss.

30 Polo, L. Introducción a la Filosofía. Ed. Eunsa. Pamplona, 1995, pág. 211

31 Polo, L. Presente y futuro del hombre. Ed. Rialp. Madrid, 1993, pág. 169

32 Benedicto XVI. Discurso en el Encuentro con El mundo de la Cultura. Universidad de Ratisbona, 12-IX-06 [fecha de acceso: 22-IX-08]; URL disponible en: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents/hf_b-en-xvi_spe_20060912_university-regensburg_sp.html

33 Yepes Stork, R. op.cit., pág. 126

34 Innerarity, D. Dialéctica de la Modernidad. Ed. Rialp. Madrid, 1990, pág. 231 y ss.

35 Ayllón, J.R. Ética Razonada. Ed. Palabra. Madrid, 1998, pág. 69

36 Grisez, G. y Shaw, R. Ser Persona. Ed. Rialp. Madrid, 1993, pág. 216

37 *Ibíd.*, pág. 51

38 Spaeman, R. Felicidad y benevolencia. Ed. Rialp. Madrid, 1991, pág. 38 y ss.

39 Tomás de Aquino. *Summa Theologiae*. I-II, q18 a5

40 Arregui, V., Choza, J. Filosofía del Hombre. Una antropología de la intimidad. Ed. Rialp. Madrid 1991, pág. 376

41 Polo, L. Presente y futuro del Hombre. Ed. Rialp. Madrid, 1993, pág. 149 y ss.

LA PERSONA HUMANA: SU SER Y SU SENTIDO

42 Polo, L. *Libertas Transcendentalis*. Rev. Anuario Filosófico. 1993; (26): 711

43 Polo, L. *Presente y futuro del Hombre*. Ed. Rialp. Madrid, 1993, pág. 156

44. Sellés, J.F. *La Persona Humana*. III Parte: Núcleo Personal y Manifestaciones, Ed. Universidad de La Sabana. Bogotá, 1998, pág. 22 y ss.